

ditos más por la vía del amor y de la clemencia que por la del temor y del rigor, (1); y decía al emperador Maximiliano que su natural era conocido de todo el mundo, que en todas sus acciones había demostrado que prefería la dulzura á la violencia (2). Si Felipe se hizo cruel, implacable, fué gracias á la enseñanza de una religion fanática: ¿no enseña el catolicismo que la *crueledad* para con los herejes es la verdadera *humanidad*, y que la *humanidad* que con ellos se guarda es una verdadera *crueledad*? Felipe II, hijo sumiso de la Iglesia, aprovechó estas lecciones.

III.

Creía sinceramente Felipe II que no había otro medio de reducir á los herejes que la fuerza: "Esta canalla, escribe á *Granvella*, no cede sino á la violencia, y áun este medio no aprovecha siempre, (3). Á Felipe II, más que al duque de Alba, es á quien hay que acusar de haber cubierto los Países-Bajos de sangre. Tratándose de los herejes, no tenía el rey sino palabras de cólera y órdenes de rigor (4); y se regocijaba con el suplicio de los sectarios como de una buena obra (5): diríase que era un inquisidor envejecido en el ejercicio de sus horribles funciones. Cuando Carlos V recomendó desde el fondo de su retiro el castigo severo, inexorable, de los cristianos que leían la Biblia, puso Felipe II al márgen de la carta del emperador: "Besadle las manos por lo que ha prescrito en este punto, (6). ¡Era una efusion de placer! ¿Se quiere saber cuál fué el día más feliz de la larga vida del rey de España? Pues fué el día en que recibió la noticia de la matanza de los hugonotes; ¡la única vez que se le vió reír de todo corazón! (7). La furia francesa había excedido en un arrebato sanguinario á la lenta y fría crueldad de Felipe II.

(1) REIFFENBERG, *Correspondance de Marguerite d'Autriche*, página 100, 103.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, primera serie, suplemento, p. 46.

(3) GRANVELLE, *Papiers d'État*, t. VI, p. 421.

(4) Felipe escribe á GRANVELLE que le proporcionará un gran placer y le prestará un eminente servicio procurando que el margrave de Ambéres castigue á los herejes con todo el rigor y toda la diligencia posibles (*Papiers d'État*, t. VII, páginas 333, 339).

(5) GRANVELLE, t. VI, p. 378: «Mucho he holgado de entender las justicias que se hicieron en Enveres de los dos calvinistas, y el anabaptista.»

(6) GACHARD, *Charles-Quint*, t. I, p. 302, nota.

(7) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, Supplément, p. 125.

Tenía, sin embargo, el rey católico su mérito: cumplía al pié de la letra el oficio de inquisidor, con gran admiración del jesuita *Estrada*; llevaba nota de los herejes, y daba conocimiento á la gobernadora de los Países-Bajos de su guarida, de su edad, de su estatura; hacia, en una palabra, verdaderas denuncias de *policia* (1). Nada faltaba á las virtudes católicas de Felipe II. La Inquisición, al entregar sus víctimas á los jueces seculares, los recomendaba á su indulgencia; recomendación que significaba que los desgraciados debían ser mandados inmediatamente á la hoguera. El rey de España rivalizó en hipocresía con el santo tribunal: miente y engaña sin el menor escrúpulo, porque miente y engaña en interés de Dios. En 1566 escribió á la duquesa de Parma que podía dar á los confederados y á los Belgas la seguridad de un perdón general y de la abolición de la Inquisición. Inmediatamente despues levantó una acta ante notario protestando de que no había hecho esta promesa libremente, y consignando que no se creía obligado por su palabra y se reservaba el derecho de castigar á los rebeldes. Escribió luego á su embajador en Roma que no debía el papa inquietarse por la abolición de la Inquisición, porque, hecha sin el consentimiento de la santa sede, era nula, y que tampoco debía escandalizarse de la amnistía que acababa de otorgar, porque cuando se tratara de la ejecución de sus promesas, sabría distinguir entre los crímenes que le era posible remitir y los crímenes contra Dios que no tenía poder de perdonar (2). Hé ahí las restricciones mentales en su bello ideal: no son una invención de los jesuitas; es el fanatismo católico quien las ha inventado para gloria de Dios.

¿Se nos reprochará todavía el hacer á la religion responsable de los crímenes y de los excesos de un rey? Lo que nosotros llamamos excesos, lo que vituperamos como crímenes, lo exaltaban los ministros de la Iglesia en el siglo XVI como una virtud, como una imitación de los ejemplos que Dios ofrece á los fieles en la Sagrada Escritura. Oigamos lo que fray Lorenzo, el ermitaño de Jerez, escribe á

(1) STRADA, *de bello belgico*, lib. IV: «Ut mirum profecto sit, principem in tam multis distractum diversumque regnorum curas, huic rei quasi per otium vacasse; inquirendisque hominibus plerumque obscuris, sollicitudine etiam in privato cive admiranda, cogitationem manumque flexisse.»

(2) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. I, Prefacio, página CXXXIII y p. 446.

Felipe II: "*Suplico á Vuestra Majestad con todas mis fuerzas que no tenga ninguna commiseracion de los herejes, que son los crueles enemigos de Jesucristo. EL SANTÍSIMO REY DAVID NO TENÍA NINGUNA PIEDAD DE LOS ENEMIGOS DE DIOS; LOS MATABA Á TODOS, SIN PERDONAR HOMBRE NI MUJER. MOISES INMOLÓ EN UN SOLO DIA 3.000 HOMBRES DEL PUEBLO DE ISRAEL. UN ÁNGEL DIÓ MUERTE EN UNA NOCHE Á MÁS DE 60.000 ENEMIGOS DE DIOS. Y en esto no fueron crueles: únicamente no tuvieron piedad de las gentes que no guardaban consideracion al honor de Dios. VUESTRA MAJESTAD ES REY, COMO DAVID, CAPITAN DEL PUEBLO DE DIOS, COMO MOISES, ÁNGEL DE DIOS, porque así es como la Escritura llama á los reyes; LOS ENEMIGOS DEL DIOS VIVÓ, ESOS HEREJES, ESOS BLASFEMOS, ESOS SACRÍLEGOS, ESOS IDÓLATRAS, ESAS BESTIAS FEROCES, son los que sin duda acabarán de destruir el santuario de Dios en los Países-Bajos, si no se remedia á tiempo una calamidad tan funesta y lamentable.*" El santo hombre casi se avergüenza de no pedir al rey más que *dos mil cabezas*; mas espera que esto bastará para extirpar el mal (1).

Y no se crea que esas palabras son de un loco furioso: fray Lorenzo es el órgano de los sentimientos generales que reinaban en el mundo católico. El papa Pio V, cruel como un inquisidor, alimentaba un odio implacable contra la herejía; y no pudiendo vencerla sino matando á los herejes, juró una guerra á muerte, sin piedad ni misericordia, á los desgraciados sectarios: "Ardía en celo por la religion, dice uno de sus panegiristas; y exclamaba como el rey profeta: *¿No debo ¡oh Dios mio! odiar á los que tú odias? Yo los odio con un odio perfecto*, (2). Si la crueldad es una virtud, la clemencia es un pecado cuando el culpable es enemigo de Dios: esto es precisamente lo que el cardinal Espinosa dijo á Felipe II cuando la condesa de Egmont pidió gracia al vencedor de Gravelinas (3). Felipe II, el inquisidor coronado, no estaba todavía á la altura del odio clerical, ó á lo menos la lentitud española impacientaba al soberano pontífice. Pio V excitó y reprendió al rey de España (4): necesitaba este vicario del Cristo una hacha que

(1) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. II, Prefacio, páginas 43-45.

(2) MURETUS, *Orat.* XX (t. I, p. 162).

(3) OSSORIO, *Vita Albae*, p. 282.

(4) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. I, p. 488.

hiriera, una hoguera que consumiera la herejía con el hereje, y encontró al fin un hombre á la medida de su deseo en el verdugo de los Países-Bajos. San Pio V atestiguó su satisfacción por las matanzas del duque de Alba enviando á su querido hijo en Jesucristo una espada bendita, "que es, dice *Brantôme*, un presente y un honor que acostumbran á ofrecer los papas á los grandes príncipes é ilustres capitanes que han combatido valerosamente por la Iglesia y han salido victoriosos, (1). Tales eran las excitaciones que partían de la santa sede para fanatizar al más fanático de los príncipes: ¿cómo extrañar que estuviera enteramente pervertido el sentido moral de Felipe II? El rey de España y su digno instrumento el duque de Alba hacían asunto de chiste las ejecuciones de los herejes en los Países-Bajos! (2). ¡Grande fué la extrañeza de Felipe al verse en el deber de justificarse cuando el emperador Maximiliano le escribió en favor de las víctimas, porque él sólo esperaba felicitaciones! (3).

Hé ahí el hombre, hé ahí el príncipe que los escritores católicos proponen en el siglo XIX como el modelo y tipo ideal de un rey. Ciertamente merece el título de salvador del catolicismo, el honor más grande á los ojos de los creyentes; ciertamente merece el título de rey católico por excelencia; mas esos títulos de gloria son el borron del catolicismo y de la Iglesia. El rey cuya religion se enaltece era un supersticioso, un fanático inquisidor; su fe no le impidió ser adúltero; y, cosa hasta de decir horrible, su fe hizo de él un asesino! ¿Qué contestar despues de esto á los insensatos que pretenden rehabilitar la memoria de Felipe II para hacer volver á la humanidad á un pasado imposible? Dios ciega á los que quiere perder.

N.º 2.—*Felipe II y los Países-Bajos.*

I.

La revolucion de los Países-Bajos ¿es política ó religiosa? Esta cuestion, que se ofrece al considerar las guerras de los siglos XVI y XVII, se ha

(1) BRANTÔME, *Vies des grands capitaines*.—Pío V escribió al duque de Alba: «Continuad, mi querido hijo, acumulando esas bellas acciones, como grados que os conducirán á la vida eterna.» (DE POTTER, *Lettres de Pie V*, p. 14).

(2) PRESCOTT, *History of the reign of Philip the second* (libro III, c. III).

(3) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. II, p. 55.

decidido ordinariamente por el espíritu de partido ó de sistema más que por un estudio imparcial de los hechos. Los que buscan en las viejas instituciones el origen de las libertades modernas ven en la insurrección de nuestros antepasados una protesta legítima contra la violación de las cartas juradas por los soberanos, abundando, sin saberlo, en las miras de los ultramontanos, que quieren rehabilitar lo pasado y que, á pesar de su fanatismo, se encuentran en terrible aprieto en presencia de toda la sangre derramada por los hombres de Dios. Para lavar á la Iglesia de su mancha, dicen los católicos que la Inquisición no fué más que un espantajo que sirvió de pretexto á la rebelión, y no fueron, según ellos, otra cosa los insurrectos belgas que revolucionarios é intrigantes. Es cierto que durante los dos primeros siglos de la Reforma se mezclan incesantemente con la religión móviles interesados. La religión no era entonces lo que tiende á ser en nuestros días, un sentimiento íntimo, una relación del alma con Dios; era exterior y activa, era un partido político, pues que tenía por fin una dominación temporal tanto como espiritual. De otra parte, aunque Felipe II no era emperador, ocupaba el puesto de jefe del imperio, era el defensor, el brazo armado de la Iglesia; y combatiendo por el catolicismo, combatía al propio tiempo por la monarquía universal. Mas todo esto no impidió que la religión fuera el gran móvil de la larga existencia de Felipe II; y, en efecto, si se le quitan las pasiones y los intereses políticos, Felipe se hace inexplicable, ó, por mejor decir, imposible, y la faz del mundo habría cambiado totalmente. Sólo el elemento religioso explica la revolución de los Países-Bajos: la religión encendió la guerra; la religión la prolongó, haciendo que todas las tentativas de transacción se frustráran; la religión produjo la separación de Bélgica y de las Provincias Unidas; la religión dió á la joven república gloria y poder, y la religión, en fin, condujo á los Países-Bajos españoles á la miseria y á la vergüenza. Suscitóse la primera diferencia entre los Países-Bajos y el rey de España con ocasión de la erección de nuevos obispados. Querrela constitucional, se dice, porque el rey lesionaba derechos adquiridos y privilegios garantidos por cartas; mas los que así razonan trasportan al siglo XVI las preocupaciones del XIX: también se invoca la religión en nuestros borrascosos debates, pero es evidentemente una

pura máscara, y con tal disposición, se cree que sucedía lo propio en el siglo XVI. No lo entendían así los contemporáneos: el mismo Felipe II escribía á Granvella que la institución de los nuevos obispados era el remedio único para el mantenimiento de la santa fe: era, decía, la causa de Dios (1). ¿Por qué sublevó á los espíritus el establecimiento de algunos obispados? Si no se hubiera tratado más que de derechos y de intereses comprometidos, se concebiría que los abades y los obispos hubiesen hecho la oposición; pero no se comprendería que se inquietase el pueblo; si se alarmó fué porque vió en los obispos los precursores de la Inquisición española. Así lo escribe el príncipe de Orange á la gobernadora de los Países-Bajos: "Vuestra Alteza puede recordar que las quejas, oposiciones y dificultades producidas en todo el país con motivo del establecimiento de los obispados *no reconocen otra causa que el temor de que bajo ese pretexto se trate de introducir alguna forma de inquisición: tan desagradable y odiosa es, no sólo la ejecución, sino hasta su nombre*" (2). Y esto es tan cierto, que los mismos partidarios de España, los celosos católicos, tenían los mismos temores: *Hopperus* y *Viglius* se expresan como el príncipe de Orange (3), y el jesuita *Estrada* participa de su opinión (4). El *compromiso de los nobles* nos dirá por qué tenían los Belgas tan profundo horror á un tribunal que se llama santo: "La Inquisición no es sólo inicua y contraria á todas las leyes divinas y humanas, pues que excede á la mayor barbarie que se haya practicado jamás entre los tiranos, sino que tal como es no podría redundar más que en gran deshonra del nombre de Dios y en total ruina y desolación de todos estos Países-Bajos, tanto que,

(1) GRANVELLE, *Papiers d'Etat*, t. vi, p. 52: «Siendo la causa tan de Dios.»

(2) GACHARD, *Guillaume le Taciturne*, t. II, p. 107. Compárese la Apología del príncipe de Orange (DUMONT, *Corps diplomatique*, t. v, l. p. 309).

(3) HOPPERUS, *Mémoire*, p. 62: «Es cosa increíble las llamas que despidió el fuego, ántes escondido bajo las cenizas, difundiendo una voz y opinión, no sólo entre el vulgo, sino también entre la nobleza, y lo que es más, entre muchos de gran autoridad y los mismos del consejo de S. M., de que era su intención establecer en estos Estados y país la inquisición de España.»—*Mémoires de VIGLIUS* (p. 28 de la edición de WALTERS): «Jactabatur passim Episcoporum prætextu Hispanicam induci Inquisitionem, et hac via tandem intolerabili servitute totam regionem oppressum iri.»—JACQUES DE WESSENBEEK se expresa en términos casi idénticos (p. 104 de la edición de RAHLENBECK).

(4) STRADA, lib. II: «Una omnium maxime turbavit concivitate Belgarum populos suspicio primum, dein conatus inquisitionis adversum hæreses instituendæ.»

á la sombra de la falsa hipocresía de algunos, aniquilaría todo orden y policía y aboliría toda rectitud...» (1).

Los tumultos estallan y corre la primera sangre: ¿por qué causa se vierte? Oigamos á los actores de ese gran drama, que ellos debían saber mejor que nosotros las pasiones que los agitaban. Marnix escribe al príncipe de Orange: "Quien considere de cerca las cosas, hallará que el grande y continuo rigor empleado para extirpar esta religión por la cual hemos sido tan largo tiempo perseguidos, ha sido también aquí, como en toda la cristiandad, *el solo y único origen y el motivo principal de la alteración del pueblo*..." (2). Esa es también la opinión de los historiadores españoles. Discutíanse ya en el siglo XVI las causas de la guerra que desolaba á los Países-Bajos. Á los que pretendían que procedía la rebelión de motivos políticos, responde *Bernardino de Mendoza* que los espíritus estaban ya agitados cuando no existía todavía ninguna querrela constitucional, y que el mismo carácter de las hostilidades revelaba la fuente de la animosidad de los combatientes: "¿Por qué destruir las iglesias y los monasterios? ¿Por qué daban tormento á los sacerdotes y á los religiosos?" (3). Oigamos todavía á Felipe II: cuando llegó á su noticia la sorpresa de Mons por el conde de Nassau, dijo que vendería á Castilla ántes que perder una aldea en los Países-Bajos, *porque se trataba de la querrela de Dios y de la conservación de la santa fe* (4). Se acusa el despotismo y la tiranía de Felipe II, y más bien se le podría reprochar demasiada debilidad y demasiada condescendencia con los deseos de los rebeldes: retira los soldados españoles; consiente el alejamiento de Granvella; deja hacer á los señores; declara, y todas sus acciones prueban que estaba de buena fe, que no había pensado jamás en innovaciones políticas; protesta que quiere mantener las antiguas franquicias del país, y aun aumentarlas; y no pide más que una cosa, que los Belgas queden fieles á su antigua religión (5). Cuando las provincias meridionales, más

afectas al catolicismo, consintieron en tratar con el rey de España, no vaciló éste en otorgarles todo lo que pedían; y si no hizo lo mismo con las provincias del Norte, fué porque había un obstáculo insensible, había una concesión que Felipe no quería, no podía hacer, la de la libertad religiosa, y esta cuestión, dice un contemporáneo, excelente observador, dominaba á todas las demas (1).

Empeñado en una lucha gigantesca contra los protestantes en Francia y en Inglaterra, nada habría deseado más Felipe II que concluir la paz con los insurrectos de los Países-Bajos. En 1577 ratifica el *edicto perpetuo* y "se decide enteramente á la clemencia." Á principios de 1578 hizo proposiciones cuya sinceridad cometieron el error de poner en duda los Estados. Algunos meses después consiente en que el emperador ajuste el convenio "en condiciones razonables y de clemencia;" y á todo se presta, "no obstante las malas cosas que habían pasado y la extraña manera con que le habían tratado." En Colonia emiten los comisarios imperiales la opinión de que "el rey ofrece todo lo que en razón pueden pedir sus súbditos" (2). ¿Por qué se frustra el deseo de Felipe II, á pesar de su extremada condescendencia? El embajador de Francia en Madrid nos dirá la razón: escribe á Carlos IX que, si no se tratara más que de cuestiones políticas, de la opresión y de la tiranía ejercida por el duque de Alba, se encontraría medio de llegar á la paz; pero "donde interviene la religión no hay medio, porque impide pasar por cima de ella un escrúpulo de conciencia" (3). La religión, y no la política, fué, pues, lo que produjo la ruptura; y así lo atestigua uno de los personajes más notables de la Reforma: "Yo pienso que todas las gentes de entendimiento deben estar persuadidas de que la paz con el rey de España y el ejercicio de la religión que profesamos y que debemos mantener hasta la muerte son cosas demasiado incompatibles" (4). *Duplessis-Mornay* tenía razón: todas las negociaciones fracasaron en la dificultad religiosa.

Al mandar á Requesens á los Países-Bajos,

(1) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, tomo II, p. 3.

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, tomo IV, p. 289.

(3) *Commentaire de MENDOZA sur les événements de la guerre des Pays-Bas*, t. I, p. 244-247 (ed. de Brusélas, 1860).

(4) GACHARD, *Analectes*, p. 248.

(5) GACHARD, *Analectes*, p. 368.

(1) LANGUET escribe en 1578: «Res jam eo sunt deductæ, ut controversia de religione sit longe majoris momenti quam reliquis omnibus» (*Epist. secr.* I, 2, p. 757).

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, tomo VI, p. XLV.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, tomo IV, p. 356.

(4) DUPLESSIS-MORNAY, *Correspondance*, t. II, p. 122.

consintió Felipe II en otorgar un perdón general á los insurrectos; pero tuvo buen cuidado de recomendar á su gobernador "que no se prestase á nada que pudiera ser en perjuicio de la santa fe católica, porque *jamás*, dice, *haré en este punto la menor concesión, aunque tuviera que perder los Países-Bajos*," (1). Este terrible JAMÁS se repite en todos los manifiestos del rey de España. En la declaración hecha á la junta de Brusélas (1574) se lee: "El rey no cederá JAMÁS en punto á religion. Dejar violar la santa fe, en que consiste la salvación de las almas, el rey no lo hará JAMÁS.," La misma inflexibilidad aparece en las instrucciones dadas á los comisarios del rey para las conferencias: "Por lo que respecta á la religion, los desengañaréis en absoluto de poder arrancar cosa alguna de S. M., por mínima que sea, puesto que el rey está resuelto, suceda lo que quiera, á no separarse en una jota de la dicha religion católica romana," (2). La cuestion religiosa fué lo único que impidió llevar á buen término las negociaciones: prueba evidente de que no eran más que secundarias las restantes dificultades.

En el momento en que se abrieron las conferencias de Breda escribió el conde de Schwarzenberg que no se disputaría largo tiempo si no había debate relativo á la religion; pero en este punto, dice, el rey no quiere ceder, negándose á tolerar toda religion no católica. La única concesion que se resignó á otorgar Felipe II fué permitir á los reformados que salieran del país, reteniendo el libre goce de sus bienes (3). Á lo cual respondió indignado el príncipe de Orange que "estas condiciones eran más duras é inicuas que las que pudieran recibir jamás de los mayores tiranos del mundo; que con ellas la condicion de los Belgas sería peor que la de los esclavos y la de las bestias, y que se resolverían más bien á morir los unos al lado de los otros que á abandonar su suelo natal," (4). La oposicion religiosa, las pretensiones de los insurrectos y la obstinacion de Felipe dieron á la guerra el carácter de una lucha á muerte: "Queréis extirparnos, dice el príncipe

(1) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. III, p. 45.

(2) GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. III, páginas 576 y 698.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. V, p. 145, 146, 72.—GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. III, p. 588.

(4) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. V, p. 151, 73.—GACHARD, *Philippe II*, t. III, p. 659.

de Orange en las conferencias de Gertruidenberg, y nosotros no queremos ser extirpados," (1). Cuando se trata de ser ó no ser, las negociaciones son un alto, un momento de reposo, pero no pueden conducir á ningun resultado. En Colonia como en Breda, fracasó todo por la imposibilidad de garantizar la libertad religiosa. El rey no concedía á los reformados otra cosa que el destierro; verdad es que en las provincias de Holanda y de Zelanda se mantenía el *statu quo* religioso; pero era con la segunda intencion apenas disfrazada de someterlas al catolicismo luégo que hubiesen depuesto las armas (2). No había paz posible: la religion fué lo que desgarró á los Países-Bajos, como decía con dolor un diputado de los Estados generales en las conferencias de Colonia (3).

II.

Decimos que la paz era imposible. Y, con efecto, la unidad de los Países-Bajos no se podía mantener sino por la dominacion de una de las dos confesiones rivales ó por la libertad de conciencia otorgada á los protestantes. Felipe luchó con una obstinacion heroica para restablecer la unidad religiosa, y sucumbió; en cuanto á los reformados, no podían pensar seriamente en imponer su fe á un pueblo cuya gran mayoría era católica. Mas ¿por qué no hizo Felipe en Bélgica lo que Enrique IV en Francia? Hay posiciones que, una vez adoptadas, arrastran lógica, fatalmente, al último extremo. Imputar á Felipe II como un crimen su intolerancia sería hacer un crimen de su religion; y hay que añadir que tenía la nacion casi entera por cómplice. Quiere la historia encontrar hombres sobre quienes descargar su cólera y ejercer sus venganzas, y hace de ellos monstruos, á fin de absolver á la humanidad, cuando en realidad no son esos seres monstruosos, sino la expresion de una faz de la sociedad, y las más veces del elemento dominante. Así sucedía con Felipe II. Como católi-

(1) GACHARD, *Guillaume le Taciturne*, t. III, p. 456.

(2) En una nota dirigida al rey de España le aconsejan algunos diputados de los Estados generales en Colonia: «eenige exercitie van de gereformeerde religie toe te laten, om daerdoor den vrede te treffen ende alsoo middelen becomen om weder te weeren 't gheene dat men woor een tydt toelaten soude.» METELEN, p. 155; GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. VI, páginas 669-671.

(3) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, tomo VI, p. 666.

co, no podía ni concebir siquiera la idea de tolerancia: hubiera sido faltar al primero de sus deberes; y aun cuando hubiese tenido sentimientos más amplios, dudamos que hubiera podido hacerlos prevalecer, siendo lo cierto que los hombres que vivían en medio de la lucha creían la cosa impracticable. Los católicos celosos decían que, si el rey concedía el libre ejercicio de la religion reformada, tomarían las armas y sublevarían contra él todo el país (1). Á los ojos de los creyentes fanáticos, el privilegio más querido de los Belgas era el imperio exclusivo de su fe: la Pacificacion de Gante estipuló el mantenimiento de la religion católica y su dominacion fuera de las provincias de Holanda y de Zelanda; los Estados generales protestaron á cada momento que querían conservar la antigua religion, "que preferían la muerte á ver un cambio en la fe;" y llegaron, en fin, hasta pedir al príncipe de Orange que concurriera á asegurar el imperio exclusivo del catolicismo en Bélgica (2).

Querer juntamente el mantenimiento del catolicismo como religion dominante y la libertad religiosa del protestantismo era pedir lo imposible á Felipe II, encarnacion de cuanto hay de estrecho y odioso en la fe romana. ¡Que se haga, pues, la separacion; que el desgarramiento de la patria se cumpla! Un escritor belga dice que la separacion fué una desgracia para Holanda (3). ¡Extraña ceguera de las preocupaciones religiosas! Negar la maravillosa prosperidad de la jóven república es negar la luz en pleno dia. ¿Qué era de Bélgica mientras las flotas holandesas cubrían todos los mares? Antes de la revolucion visitó á Ambéres un enviado veneciano, y vió que superaba con mucho á Venecia la prosperidad de nuestra metrópoli comercial: se hacían más negocios en Ambéres en un mes que en dos años en Venecia; y cuando en 1580 hizo Guicciardini por segunda vez la descripcion de Bélgica, dijo que el Estado presente se parecía al pasado como la noche al dia (4). Si hubiera escrito algunos años despues, la comparacion habría

sido la de la muerte con la vida. ¿Quién mató el comercio y la industria en los Países-Bajos españoles? El fanatismo católico, que expulsó á millares los industriales y los comerciantes (1). Acaso la riqueza y el poder aparecen como poca cosa á los ojos de la ortodoxia; mas hay un elemento que pesa en el destino de las naciones como en el de los individuos, la inteligencia. ¡Que se comparen las provincias protestantes del Norte con las provincias católicas del Mediodía, y que se juzgue! Holanda ha vivido por el libre pensamiento y ha conservado el culto de la ciencia; en Bélgica ha matado el catolicismo la libertad de pensar, y el fanatismo ha conducido al embrutecimiento.

Hay que insistir en este lamentable asunto hoy que se pretende hacer del catolicismo el principio de la nacionalidad belga; precisa que Bélgica sepa á quién debe las tinieblas que la han cubierto durante siglos: lo debe á la alianza del clero y de la nobleza. Nada más natural que los altos prelados se acomodaran fácilmente con Felipe II, y no hay que decir que únicamente les inspiraba el interes de la religion; pero los hechos apenas concuerdan con la historia, tal como la escriben los ortodoxos. Federico de Yve, abad de Maroilles, fué durante mucho tiempo uno de los más ardientes patriotas: en 1577 le hizo entrar en el Consejo de Estado el príncipe de Orange; y diputado en el congreso de Colonia, lo ganó, se dice, para su causa Felipe II por una pension de 5.000 ducados. ¿Tenía convicciones religiosas que, si no excusar, explicaran por lo ménos su traicion? Los religiosos de San Bertin se negaron á recibirlo en calidad de abad. "Haceis mal, les dijo nuestro celoso católico, porque no hubiérais podido elegir un superior que más os conviniera. ¿Quereis un jesuita? Yo lo soy. ¿Un borracho? Tambien lo soy. ¿Un hombre retraido? Yo lo seré. ¿Un buen compañero? Ni más ni ménos. ¿Un cortesano? Yo conozco bien el oficio. ¿Un zopenco? Igualmente," (2). Nuestro abad sabía todos los oficios, hasta el de traidor.

En cuanto á la nobleza, tenemos el testimonio

(1) Palabras del señor de Champagny á Junius (GROEN VAN PRINSTERER, *Archives de la Maison d'Orange*, t. V, p. 475).

(2) GROEN VAN PRINSTERER, *Archives*, t. V, p. 454, 384, t. VI, página 155 y sig.: «Que el ejercicio de la religion romana no sea de ninguna manera impugnado, ni se procure otro ejercicio en las otras provincias de los Países-Bajos.»—Comp. GACHARD, *Correspondance de Philippe II*, t. III, p. 537.

(3) DE GERLACHE, *Histoire du royaume des Pays-Bas*, tomo I, página 93.

(4) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. I, p. 484, 489.

(1) *Brief discours envoyé au roi Philippe*, *Mémoires de Condé*, v, 387. «Es una cosa casi increíble cuánto daño han hecho las persecuciones de cuarenta años acá á la fabricacion de paños, estameñas y tapices, cuyos oficios, propios y como peculiares de estos Países-Bajos, se han desterrado por ese medio á Inglaterra, Francia y otras naciones, etc.»

(2) *Mémoires anonymes sur les troubles des Pays-Bas*, publicadas por BLAES, t. II, p. 87, nota 1, y p. 149, nota.